

BIBLIOTECA ECONOMICA



NUMERO 40

CONTIENE

I Una dote, POR ERNESTO LEGOUBÉ.

II Un alcalde popular, POR FEDERICO
MISTRAL.

SE PUBLICAN TRES VOLÚMENES POR MES



EDITOR, FRANCISCO A. GAMBOA

SAN SALVADOR — CENTRO-AMÉRICA

Noviembre de 1899.

EDICION DE 2,000 EJEMPLARES IMPRENTA AMERICANA

Biblioteca Económica

Francisco A. Gamboa, EDITOR.

SAN SALVADOR, C. A.

Edición de 2,000 ejemplares.

Colección de los mejores autores nacionales y
extranjeros. Se publican 3 volúmenes
por mes. Valor de cada volumen,

UN REAL (\$0.12½ centavos)

  
EXTENSA CLIENTELA DE ANUNCIADORES

   
La serie de 10 volúmenes, encuadernada, vale DOS PESOS plata
y se remite libre de porte á cualquier lugar de Centro América, ó
del exterior.

No se atienden los pedidos que no sean pagados anticipada-
mente.

La BIBLIOTECA ECONÓMICA se vende en San Salvador en todas
las librerías, en el almacén de Arciniegas, en las peluquerías "El Co-
mercio" y "Venecia" y en casa del editor.

Anticípese un peso por suscripción á 8 números.

Las personas de esta ciudad que deseen suscribirse pagando nú-
mero por número (de real en real), se servirán avisarlo al Editor,
quien les mandará las entregas á domicilio.

El almacén de

J. Arciniegas

es el que más barato vende. Especialidad en sedas y
en artículos para caballeros.

UNA DOTE

Por Ernesto Legouvé.

Hubo un tiempo, según lo cuentan las crónicas, en que la dote de una muchacha no consistía sino en una corona de flores. Esos tiempos hace mucho que pasaron.

Hoy la cuestión de la dote es la gran cuestión del matrimonio. Ella da, en las familias, ocasión á escenas ora ridículas, ora tristes, ora conmovedoras. Una de esas escenas domésticas es la que me propongo reproducir aquí. Si el lector la quiere presenciar no tiene sino que acompañarme á Villeneuve-Saint-Georges, casa del señor Desgranges, comerciante retirado. Su hija Magdalena es solicitada en matrimonio por un joven arquitecto, que la ama y á quien ella le corresponde. En todo esto no hay nada de particular; pero sí sucede que el señor de Grandval, padre del arquitecto, no quiere que su hijo se case con novia cuya dote sea menor de.....doscientos mil francos, y que el señor Desgranges no quiere dar á su hija más de cien mil. Su mujer le insta porque ceda, su hija se lo suplica tiernamente; pero él se mantiene firme. La buena señora de Desgranges pertenece á la tribu de madres sentimentales, que no pueden decir *mi hija* sino sollozando ó poco menos. Ella porfia, y suplica, pero viendo inflexible á su marido, se levanta y le dice con indignación.

I

Desgranges! ¿quieres que te diga lo que hay de cierto? Tú no tienes ni corazón ni entrañas!

—Eso, mi querida, ya lo sabíamos.

—Tú no eres padre, eres un.....

—Verdugo! Y agrega, declamando:

Verdugo! de vuestra hija sólo falta que hagáis
Horripilante plato, que á su madre ofrezcáis!

Ifigenia, acto III.

—Señor Desgranges!

—Señora Desgranges!

—¿Sabes, Desgranges, que con tu flemma irónica acabarás por sacarme de mis casillas, por hacerme salir de mi carácter?

—Como no sea para volver á entrar en él! respondió el señor Desgranges á media voz.

—Ah! Eso ya es demasiado!

—Basta, basta, madre mía! dijo en este punto Magdalena, levantándose á su turno, y añadió, comenzando á llorar:

—Yo no quiero que mi padre y tú os habléis de ese modo. Puesto que él no cree deber hacer lo que nosotras le pedimos, ó que nos rehusa lo que tanto anhelamos y que haría la felicidad de Enrique y la mía.....

—Mi hija, mi pobre hija llora, interrumpió la señora Desgranges, y tú, monstruo, no te conmueves! Tú puedes ver sus lágrimas, puedes oír que te dice con su voz tan dulce que eso haría su dicha, y permanecer inflexible!

—Qué quieres que haga? Yo desconfío siempre que veo á una mujer llorando.

—Qué es lo que dices?

—Y no es culpa mía. Bien me acuerdo de lo mucho que, recién casados los dos, solías tú llorar siempre que querías salirte con alguna de las tuyas. Desde entonces los lloros de las mujeres me hacen el efecto de.....

—Padre, padre mío! prorrumpió Magdalena, ¿cómo puedes tú dudar de mis sentimientos? ¿No crees entonces que yo amo á Enrique?

—Sí que lo amas!

—Enrique es bueno, es espiritual; tú mismo dices que él tiene un bello porvenir, como arquitecto.

—Sí que lo digo!

—Su padre, el señor Grandval, es un hombre.

—De los más honorables.

—¿Y entonces?

—Sí; y ¿entonces? apoyó enfáticamente la señora Desgranges

—Pues entonces que se case él con ella. Yo doy mi consentimiento, y á mi consentimiento agrego cien mil francos de dote; pero doscientos mil, como lo pide el señor de Grandval, eso no!

—Y por qué? replicó la señora Desgranges.

—Vaya una pregunta! Pues porque yo no soy bastante rico para que no me hagan falta doscientos mil francos.

—Aun dándolos siempre te quedará lo bastante.

—Lo bastante es muy poco.

—A tu edad uno ya no tiene necesidades.

—Todo lo contrario! Cada año que pasa deja una necesidad más. No hay una enfermedad que no sea un gasto. Voy perdiendo la vista, necesito anteojos; las piernas se me debilitan, necesito carruaje; el pelo se me está cayendo, tengo que mandar hacer una peluca. Y luégo la franela para el frío! En sólo franela se me van cien francos al año.

Pero.....

—No, no! Que la juventud sea pobre, está bien. ¿No se basta ella á sí propia? ¿Qué importa la buena cena y la buena cama cuando uno tiene todo lo demás? Pero la vejez.....

—Tú no eres viejo, dijo amablemente la señora Desgranges.

—Oh! Si me empiezas á decir cosas agradables, el asunto se agrava.

—Vamos, vamos! contestó ella con zalamería. Reflexionemos. ¿De qué se trata, después de todo? De algunas ligeras reducciones de nuestro tren de vida; de tener, por ejemplo, una criada menos.

—Precisamente!

—Pues bien, tanto mejor!

—Tanto peor! Yo soy perezoso y me gusta ser servido.

—Pero eso te rellena, te ataranta; al paso que si tú te movieras un poco más, te conservarías un poco más ágil, más joven.

—Prescindo de ello.

—Pero yo, por interés tuyo, no prescindo. Asimismo, en nuestras comidas podríamos rebajar, doy por caso, un plato.

—Lo que menos. De los buenos platos yo no rebajo ninguno!

—Eso casi es pecado, papá, dijo aquí Magdalena.

—De serlo, es de los pecados agradables; es decir, de los que á mi edad ya son pocos. Yo quiero seguir pensando, siempre que se aproxime la hora de comer, en los buenos bocados que mi mujer me haya hecho preparar. Porque esa justicia sí te hago: ¡qué imaginación la tuya, señora Desgranges, sobre todo para postres!

—Sí sí! respondió cariñosamente ella, complacida con este cumplimiento á sus habilidades. Pero qué sucede? Pues que comes demasiado! Que enfermas! Que te pones rubicundo! El médico te lo tiene advertido: eso puede parar en mal; mientras que con un poquito de abstinencia.....

—Abstinencia! qué palabra tan mal aplicada!

—Con un poquito, no más, tú te mantendrías fresco, con la cabeza más despejada y con el corazón más blando.

—Ya entiendo: *mens sana in corpore sano*.

—Lo que quiero decir es que si tuvieras sentido común le darías gracias á Magdalena, porque con asignarle una dote prolongas tu vida en este mundo y aseguras tu salvación en el otro.

—Oh! Papá! Papá!

—Veamos, agregó con más empeño la señora Desgranges, figurándose que su marido comenzaba

á ceder. Veamos. Yo te conozco, tú tienes muy buen corazón. Todas esas pequeñas privaciones serán otras tantas dichas para ti; y si no, respóndeme. ¿no darías tu sangre por tu hija?

—Sí que la daría! ¿No lo hace así el pelícano?... Y á propósito ¿eso será verdad?

En este momento entra el pretendiente. Magdalena le alcanza á ver y corre hacia él, le toma de la mano:

—Venga, Enrique, le dice; únase á nosotros: papá comienza á ceder!

—Yo? preguntó Desgranges.

—Oh! señor, señor! exclamó con emoción el joven.

Desgranges volviéndose hacia él le dijo con viveza:

—En verdad que tú has hecho bien en venir! Con esto vuelvo á mi ser. Parece que tú no tienes mucho corazón que digamos. Una muchacha bonita, buena, instruída, afectuosa, te ama á ti y tú no quieres casarte porque ella no lleva sino cien mil francos!

—Pero, papá!

—¡, él regatea! Yo, sin embargo, me casé con tu madre, que valía cincuenta mil veces menos que tú.

—Cómo es eso? protestó la señora Desgranges.

—No quiero decir sino que tú tenías cincuenta mil francos de dote menos que mi hija. No obstante, yo no vacilé.

—Y yo tampoco vacilo, replicó vivamente Enrique.

—Es su padre el que rehusa, añadió la madre.

—Sí, es él, agregó la hija. En cuanto á él, ninguna importancia le da al dinero. El me ha repetido veinte veces que se casaría conmigo sin dote, y aun que preferiría que no tuviese ninguna.

—Así es la verdad! manifestó el joven.

—Sí, sí! Eso se dice! Yo también lo dije; pero otra cosa es por dentro.

—¿Cómo? replicó con despecho la señora Desgranges. ¿Conque tú no lo dijiste de corazón?

—La verdad es que el que los padres deban inmolarse por los hijos, no es más que una estupidez.

—Inmolarsel! replicó Magdalena, ¿acaso yo consentiría en una inmólación? ¿Luego ese dinero no seguiría siendo siempre tuyo?

—Ta ta ta! Un dinero no puede estar en dos lugares á un mismo tiempo. Si yo lo doy, lo pierdo; si no lo doy, lo conservo.

—Pero papá!

—En ese particular tengo ideas fijas. Un padre debe ser siempre más rico que sus hijos.

—¿Y qué importa quién sea el más rico? dijo la señora Desgranges. ¿Acaso la casa de ellos no será nuestra?

—Lo que menos. Un padre no debe nunca, en beneficio de los hijos mismos, ponerse bajo la dependencia de sus hijos, á fin de que no se manifiesten ingratos.

—¿Cómo puedes, papá decir tales cosas?, repuso Magdalena.

—¿Tu buen corazón se revela contra eso? le preguntó su padre.

—Sí, papá, lo que dices me duele en el alma.

—Lo creo. Creo en la sinceridad de tu indignación, pero....

—Pero, interpuso Enrique, ¿por quiénes se nos toma?

Por quienes sois; por jóvenes llenos de buenos sentimientos. Mas por eso mismo no quiero que os echéis á perder. ¿Habéis oído hablar de una pieza de teatro llamada el *Rey Lear*?

—De Shakespeare?

—Del mismo. Y sabéis quién fue el tal rey Lear? Pues fue un viejo estúpido, que tuvo al

suerte que merecía. En cuanto á las señoras sus hijas, Shakespeare, con ser Shakespeare, cometió una grave falta, cual fue la de pintarlas como malas desde el principio. Lo que debió hacer fue mostrarlas como echadas á perder por la prodigalidad insensata de su padre; es decir, como precipitadas á la ingratitud por el beneficio de él ... Esa es la verdad! Porque, en fin, donde no hay qué agradecer ahí no puede haber ingratitud. Ahora, como yo tengo por vuestra perfección tanto interés como el que mi mujer tiene por mi perfeccionamiento, yo me niego categóricamente á despojarme en beneficio de vosotros, por temor de induciros á la tentación.

—Pero.....

—No hay pero. Es cosa resuelta. Que Enrique vaya á ver á su padre y trate de reducirlo á renunciar á su pretensión. Qué diantre! Es mucho más fácil no pedir cien mil francos que darlos.

—Pero, dijo Magdalena, ¿y si él no logra vencer á su padre?

—Entonces será que no te ama lo suficiente, y en ese caso yo no lo siento.

—Monstruo! verdugo! egoísta! materialista! exclamó la señora Desgranges.

—Ya! ya!

—Adiós, señor Enrique, dijo Magdalen.

—No, señorita, hasta luégo. El señor Desgranges tiene razón. Yo no sería digno de la mano de usted si no venciera la obstinación de mi padre.

—Así me gusta! así me gusta! joven. Esa respuesta te asegura mi estimación. Yo no daré á causa de ella ni un franco más, pero la respuesta es muy buena.

II.

Un mes después de esta escena, los jóvenes estaban casados. Al año siguiente, la señora Des-

granges fue madrina. A los dos años, el señor Desgranges fue padrino. A los tres años, volvemos á hallar la antigua pareja y la nueva, los padres y los hijos, instalados en la bonita casa de Villeneuve-Saint-Georges.

Ya dije que Enrique Gradval era arquitecto; pero arquitecto joven, es decir demasiado amenu-do arquitecto *in-partibus*. De todos los artistas, los más desgraciados son ciertamente los arquitectos. Un poeta, por pobre que sea, encuentra siempre una pluma con que escribir sus versos; un músico encuentra una hoja de papel reglado en que escribir sus notas; y un pintor encuentra un pedazo de tela en que bosquejar sus cuadros; pero piedras y maderas labradas y terreno libre en que alzar un edificio, eso no se tiene siempre á la mano ni se halla aunque se busque. No se construyen casas por puro gusto. ¿Hay acaso quién confíe una construcción á un arquitecto novel? De nada vale poseer un arte si no hay materiales para ejercer ese arte; de nada vale tener una profesión si no hay cómo ejercerla. Imaginaos un castor en disponibilidad! Los únicos clientes de un arquitecto que comienza son las gentes que tienen alguna rehendija que tapar, alguna ventana que cambiar de puesto, alguna pared que reparar. Esas gentes buscan á ese arquitecto como buscan para los achaques un médico principiante, á fin de pagar menos. Esa era la suerte de Enrique Grandval.

Para indemnizarse de esos viles trabajos, que él llamaba de mero desayuno, Enrique empleaba su talento, que era verdadero, y su habilidad como dibujante y como acuarelista, en hacer planos en grande, con qué presentarse como concurrente para las construcciones públicas. Enviaba también á quienes correspondía proyectos de edificios de utilidad general; y como tenía, y con justicia, la pretensión de ser hombre práctico al mismo tiem-

po que hombre de arte, acompañaba á sus diseños los presupuestos y las explanaciones del caso, trabajos todos que hacían mucho honor á la solidez de sus estudios; pero que tenían el grande inconveniente de costarle mucho dinero; porque él tenía que pagar ayudantes y dependientes; de manera que lo que ganaba en las reparaciones ó trabajos menores que conseguía, se le iba en los trabajos mayores que ideaba. Lo que ganaba en prosa lo empleaba en poesía.

Su haber se componía de la dote de su mujer y de la suya. Con eso alcanzaba una bonita renta para un burgués. Pero un artista!.....Un hombre que ama lo bello!.....El amor de lo bello es una de las cosas más caras. ¿Cómo resistir á la tentación de comprar una antigualla de gusto, que se viene de manos á boca? ¿Cómo dejar de ir á visitar un monumento cuyas descripciones, ahora que lo acaban de describir, son, á cual más, admirables? Los viajes de arte son casi un deber para los artistas. El principal aliciente de esos viajes y lo que hace de ellos causa de ruina, son los precios reducidos á que se anuncian, esto es, los cartelones en letras rojas con estas palabras cabalísticas: *Excursión de un mes por el Norte de la Italia, con parada en las principales ciudades, ciento cincuenta francos*. Ciento cincuenta francos! Nada más barato! Nada más ruinoso que lo barato! Esos cartelones son inmorales como las tiendas de los corredores, en las que es tanto más difícil resistir á la tentación cuanto que á uno le parece que hace un buen negocio sucumbiendo. Nuestra pareja sucumbía, pues, á menudo; y si á ello se agrega que el marido estaba muy enamorado de su mujer y que por consiguiente quería verla siempre bien puesta y encantadora; y si se reflexiona que en tres años ellos se habían dado el lujo de un hijo y de una hija, se comprenderá sin trabajo

que, generalmente, cuando sólo estaban á la mitad del trimestre, ya se hallaban alcanzados, tanto, tanto, que á la buena de la señora Desgranges se le partía el corazón y se desataba en invectivas contra el marido.

—Amigo, te lo suplico, le decía entonces, concédeles un suplemento de dote.

—Ya me guardaré de ello, replicaba el padre. Cada día me aplaudo del partido que tomé. Mi sistema es demasiado bueno para que lo altere.

—¿Y tienes alma de verlos padecer y no aliviarlos?

—¿Conque están en apuros?

—En terribles apuros.

—Mejor! Eso estimulará á mi yerno á buscar trabajo,

—Pero si ya lo busca y no lo halla!

—Razón de más para buscarlo con más ahinco.

—Y ya sabes que tienen cargas de más.

—Quieres decir más dichas?

Y como la señora Desgranges levantaba los brazos al cielo, su marido le decía:

—Vamos! vamos! No hay que hacer alharacas; reflexionemos, más bien. Supongamos que ahora tres años yo le hubiera dado á mi hija cien mil francos más, como tú querías.

—En tal caso, le contestaba la señora Desgranges, medio enternecida y medio enfurecida, en tal caso, en lugar de vivir como han vivido, llenos de privaciones, rehusándose todo.....

—Aguarda, aguarda un instante! Me parece que.....

—¿Qué es lo que te parece?.....¿Quieres que te diga lo que hay? Cuando voy á su casa á la hora de la comida y veo lo que es su modesta ración..... un solo plato de carne, uno solo de legumbres, ni un postre!.....pobres mis hijos! Y luégo vengo aquí y te encuentro á tí sentado á la mesa con ape-

titosos asados al frente, con perdices trufadas, porque ya se sabe que no puedes prescindir de todo eso.....

—Qué quieres, mi bien? Cuando uno ya es viejo.....

—Pues bien, entonces siento remordimiento por los buenos platos de que participo.

—Mira cómo son las cosas: á mí esos platos no me causan remordimientos.

—A mi, sí; yo encuentro que somos casi criminales.

—Mi querida, un poco, un poquito de calma! Vamos á la cuestión, á la cuestión, de que tú te has apartado lamentablemente. Haz por seguir mi razonamiento. Hoy estamos á 15 de noviembre. Nuestra hija, nuestro yerno y sus dos hijos y sus dos sirvientes están aquí, en nuestra casa de campo, desde el 13 de agosto; es decir que hace tres meses y dos días que están aquí, y aquí piensan permanecer ellos, sus niños y sus sirvientes hasta el momento en que nosotros nos vayamos, ó sea hasta el 20 de diciembre.

—Y ¿vas ahora á llevarles á mal el que nos estén acompañando? ¿Vas á quejarte de los gastos que su compañía nos impone? ¿Tienes el propósito de desterrarlos de tu casa, de mi casa? Pero ¿lo has pensado bien?

—Mi querida!

—Privadme de la vista de mis ojos, de mi solo consuelo!

—Gracias!

—Ya, ya te conozco! Eres capaz de hallar que los chicos hacen demasiado ruido. Pobres angelitos! con sus vocesitas tan dulces, con sus pasitos tan encantadores!

—Y ¿quién te dice lo contrario? exclamó, ya con impaciencia, el señor Desgranges. Déjame á mí hablar también y sigue, como te he dicho, mi

raciocinio. ¿Por qué es por lo que nuestra hija y nuestro yerno se han estado con nosotros estos tres meses, y por qué será por lo que se estarán con nosotros hasta diciembre?

—Vaya una pregunta! Pues porque nos aman, porque les agrada estar con nosotros, porque quieren darnos gusto, porque son afectuosos y sensibles

—En una palabra, dirás tú, porque son todo lo contrario de lo que soy yo, respondió riendo Desgranges. Y luego añadió, acercándose á su mujer:

—Vén, dame un abrazo! Yo te adoro á ti, que aun no has salido de los doce años!

—Y ¿por qué no he salido de los doce años!

—Quiero decir que tu eres todavía y serás siempre la buena criatura, ingenua, confiada, crédula con quien yo me casé tan lleno de felicidad!

—Ingenua, crédula dices? replicó un tanto picada la señora Desgranges. ¿Dirás que nuestros hijos no son.....

—Yo digo que son todo lo que tú quieras, y más! Pero ¿se te ocurre á ti que tu hija, con su linda cara, que á ella le gusta mostrar porque sabe que se tiene gusto en verla; que tu yerno, con sus gustos de artista y su imaginación, dejarían á París á un lado, y dejarían sus placeres de invierno; y que, además, tu yerno se impondría el trabajo de ir allá todos los días por sus quehaceres, teniendo que volverse todas las noches, y eso todo, por la sola dicha de jugar una partida de naípe con un padre que empieza á perder el oído y con una madre que ganaría si se volviera un poco muda?

—Dí claro lo que supones. ¿Qué motivo le asignas tú á su permanencia aquí?

—Mi querida, respondió Desgranges, sonriendo, ¿te acuerdas tú de que cuando eras joven y tenías hermoso el cabello te encantaba irte al campo para dejar descansar la crencha? Pues bien, nues-

tros hijos están encantados aquí para dejar descansar su bolsa.

—Ah! desgraciado! y lo puedes creer!

—Lo creo y no por ello los quiero mal, ni los ocuso de ingratitud ó de indiferencia. Estoy seguro de que si ellos tuvieran veinte mil libras de renta, en lugar de las diez mil que tienen, siempre nos amarían, pero no tan de seguida. Así, por ejemplo, yo no conozco yerno semejante al mío: ¿quién tiene más deferencia, más atenciones? A él no se le pasa uno solo de mis aniversarios, sea de fiesta ó de nacimiento, ó de matrimonio, sin que traiga su enorme ramillete.

—Y tú lo atribuyes todo á interés?

—No, todo no. Hay en ello un compuesto, mitad de cariño y mitad de cálculo, cálculo inconsciente ó de que él no se da cuenta, pero que yo advino y que depende de la necesidad que él tiene de mí, necesidad de que yo saco partido.

—Mira, tú no eres más que un desdichado; tú lo despoetizas todo, lo desencantas todo. Sólo el que es capaz de esos sentimientos se los puede atribuir á los demás.

—Nada de eso, Lo que te digo es enteramente natural. Los viejos somos fastidiosos. Los viejos tenemos que echar mano de algo. Yo echo mano de la hospitalidad.

—Dí claro que nuestros hijos toman nuestra casa por una pasada.

—Sin duda, por la posada del *León de oro*! En ella se da alojamiento á los hijos que están en el caso de hacer economías. ¿Han gastado mucho en espectáculos, en bailes, en conciertos? Pues que vengan á pasar un mes con papá! ¿Tienen en mientes hacer algún viajecito? Pues á pasar otro mes con papá! ¿Uno de los chicos está medio indispuesto? Pues enviárselo por un mes á papá! Y se le envía, ó mejor, se vienen los padres con él. Y

como todos son recibidos con los brazos abiertos, como se hacen los gastos de todos ellos, como papá tiene una buena casa y una buena mesa, como los asados y las perdices trufadas á que tú aludías ese papá egoísta las tiene ahí á la disposición de todos y se encanta con que de ellas participen sus hijos y sus nietos, hijos y nietos vienen á él y se quedan con él con muchísimo gusto

—Miserable de ti que eres egoísta hasta con tu amor de padre!

—Ahora supón lo contrario, continuó Desgranges, como sin haber oído lo que había dicho su mujer; supón que, como tu querías que lo hiciera, yo le hubiera doblado la dote á mi hija, ¿qué habría resultado? Que hoy nuestros hijos, si se le hace justicia á la cabeza un poco entusiasta de mi yerno, no estarían más ricos de lo que están, y que yo si estaría mucho más pobre de lo que estoy; que por tanto yo no estaría en aptitud de poderlos recibir á ellos tan bien como ahora los recibo, y por consiguiente que ellos vendrían menos á nuestra casa, puesto que estarían mejor en la suya. Ah! mi querida! Estuvieran mis hijos más ricos que yo y haría yá más de seis semanas que mi hija habría encontrado á Villeneuve Saint-Georges demasiado húmeda en otoño, y que habría temido para sus hijos las nieblas del río, y que mi yerno me habría declarado que sus viajes cotidianos á París le alteraban la salud!.....Hé aquí, pues, mi conclusión, la que presento á todos los padres que tengan hijas casaderas: "Si queréis conservar á nuestros hijos, conservad vuestra plata! Si queréis gozar de vuestros nietos, guardad vuestra plata. Es gracias á la plata como el padre se mantiene de jefe de la familia, como la casa paterna sigue siendo el hogar doméstico; es decir, como sigue siendo para los viejos un retiro de honor y de bienestar, para los jóvenes un lugar de refugio y de placer,

para los pequeños un nido al cual vienen á buscar á veces la salud y á veces cuidados más inteligentes que los mismos maternales cuidados; para todos, en fin, un centro, un santuario en que se formen los recuerdos, en que crezcan y envejezcan las sucesivas generaciones, en que se perpetúen, en fin, las tradiciones de respeto y de ternura. A esta previsión de mi partellámala tú, si lo quieres, cálculo y egoísmo. Yo la tengo por el verdadero amor paternal, amor que para mí consiste en ir haciendo cada día á los hijos más felices y mejores. Reflexiona, mi querida, que aunque Enrique ha tenido las mejores disposiciones, como yo lo quiero creer, para ser un excelente yerno, siempre es cierto que sin mi previsión esas buenas cualidades no habrían podido pasar del estado de germen. ¿A quién le debe él, pues, que ellas hayan fecundado? A mí me lo debe! Consecuencia: No le añadiré ni un franco á la dote de mi hija!

III.

Hénos aquí en 30 de noviembre, es decir que han transcurrido quince días, pero estamos todavía en Villeneuve-Saint-Georges. Si en la escena que me he propuesto describir, algo he violado la unidad de tiempo, por lo menos he respetado la unidad de lugar.

La casa del señor Desgranges está de gala. Su dueño jamás había estado antes ni tan alegre ni tan feliz. Hoy es el vigésimo quinto aniversario de su matrimonio. "Esposa mía," le ha dicho á la señora Desgranges, "este es día que tenemos que celebrar dignamente. Hoy no es día de pararse en gastos. Nuestra mesa ha de proveerse hoy como si yo fuera comilón! A mi hija, que ha ido á París no sé á qué diligencia, le he recomendado que se vuelva, con su marido, por el tren de las cuatro. Ella encontrará en su cuarto un lindo traje nuevo que quiero que estrene hoy. En cuanto á ti, si to-

davía me quieres un poco, á pesar de mis defectos, házmelo patente presentándote encantadora. Ponte para la comida y para la velada, porque yo he convidado á todos nuestros vecinos, ponte, digo, los diamantes de mi pobre madre. Ellos me representan lo que más he amado en el mundo; es decir, á ella, que me los dio para ti, á ti que los has usado por mí y por ella, y á tu hija, que los usará por nosotros tres"...En seguida Desgranges se retiró, á fin sin duda de ocultar su emoción.

¿Por qué no le contestó nada la señora Desgranges? ¿Por qué permaneció por un rato inmóvil y con la cabeza inclinada? ¿Por qué su hija, cuando llegó, se la llevó consigo á su cuarto, llorando? ¿Por qué Enrique está cabizbajo también? ¿Por qué el toque que llama á comer los hace á todos tres estremecerse? ¿Por qué, al entrar al comedor, la madre se turba tanto á la vista de su marido? ¿Por qué? La exclamación del señor Desgranges lo dice "Tú no tienes tus diamantes," exclama él. La madre, por toda respuesta, se arroja llorando en los brazos de su marido. La hija se arrodilla y le besa la mano. "Tú no tienes tus diamantes;" repite él; "¿qué has hecho de ellos?" La madre y los hijos guardan silencio. "Tú no respondes", continúa el padre, con voz más severa; "hablaré, pues, yo en tu lugar. Yo lo sé todo. Tú los vendiste! Los vendiste para pagar las imprudencias de tu yerno! Sí. Como él se ha asociado para una empresa mal concebida, como él ha cometido la imprudencia de constituirse responsable por bribones de quienes se ha dejado engañar, ha sido menester que tú, á fin de pagar siquiera la mitad de lo que él está debiendo,—puesto que debiendo está todavía doce mil francos,—ha sido menester que tú me arrancara el más querido de los recuerdos de mi pobre madre, el más precioso testimonio de nuestra ternura, y que

amargases, así, el gozo de este bello día. Qué mal! qué mal!

—La madre trató de balbucir alguna excusa. "Basta"! respondió el señor Desgranges, interrumpiéndola. "ya vienen los criados, idos á sentar en vuestros asientos respectivos."

—La madre y los hijos se dirigieron en silencio á sus lugares en la mesa; pero de repente, al desdoblarse su servilleta, la señora Desgranges lanzó un grito y otro tanto hizo su yerno. Los dos, como movidos por un resorte, se dirigieron, con los ojos llenos de lágrimas, hacia el señor Desgranges. La madre había encontrado bajo su cubierto su aderezo de diamantes, y su yerno había encontrado bajo el suyo los doce mil francos que le faltaban. "Ah! mi amigo!" "Ah! mi padre!" "Está bien! Está bien!" respondió el señor Desgranges, sustrayéndose á sus abrazos. "Ahora no me llamaréis egoísta! Ya veis que tenía mucha razón de ser precavido. Ya comprenderéis que es necesario que el padre se mantenga siempre más rico que sus hijos, aunque no sea.....aunque no sea sino para ayudarlos en un momento de crisis y salvarlos de una catástrofe. Sólo que, mi señor yerno, no hay que comenzar de nuevo, porque ya no podría yo hacer otro tanto."

UN ALCALDE POPULAR

Por Federico Mistral.

El alcalde de Guigoñán tuvo la bondad de invitarme, el año pasado, á la fiesta de su pueblo. Nosotros habíamos sido camaradas de escritorio, durante siete años, en la escuela de Monte-Favat; pero después ni siquiera habíamos vuelto á vernos.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó al verme—lo que

es tú, siempre estás lo mismo: fresco como una flor, bonito como una peseta, derecho como un bolo.....Yo te habré reconocido entre mil

—Sí—le respondí—siempre el mismo; sólo que la vista disminuye un poco, que las sienes ríen, que los cabellos blanquean y que “cuando las cimas están blancas los valles ya no están calientes”.

—¡Vaya con el tonol!—me dijo—los viejos bueyes son los que hacen el sarco más derecho.....Y además no todo el que quiere llega á veterano..... Pero vamos á comer.

Ya ustedes saben la manera como en las fiestas de pueblo se come: y además yo respondo de que en la casa de mi amigo Bastiñanadie se muere de hambre.

Los platos con que en esa tarde nos regaló, eran dignos de tratamiento de “Uña”: truchas de la Sorga, cangrejos de río, carnes espléndidas, vinos de marca, licores de todas clases que adornaban el centro de la mesa, y una pollita de veinte años para hacer el servicio, que.....no les digo á ustedes más.

Al llegar á los postres comenzamos á oír un ruido sordo que venía de la calle. *Run! run! run!...* Eran los tambores en manos de la juventud del pueblo que venía, según costumbre, á dar serenata al señor cónsul.

—Abre la puerta, Fransoneta—gritó mi amigo Bastaña—vé á buscar las *fougasses* y! pañalava las copas.

Cuando los músicos acabaron su primera tamborilada, comenzaron á marchar detrás de los jefes de la juventud, quienes entraron en la sala llevando ramitos de flores en el ojal y acompañados, no sólo del mozo que mostraba fieramente los premios en el extremo de un asta, sino también de las bandas de faranduleros y de muchachas.

Los vasos sellenaron de buen vino de Alicante;

los enamorados, cada uno á su turno, cortaron un pedacito de mina; todos brindaron grandemente á la salud del señor Alcalde; y cuando todos hubieron bebido, cuando todos hubieron reído, pronunció mi amigo este pequeño discurso:

—Bailad todo lo que os dé la gana, hijos míos, divertíos todo lo que podáis; en no dándose golpes y en no haciendo desorden, todo está permitido.

—¡Viva el señor Bastaña!—gritó la juventud. Y p. niéndose en camino la farándula, todo el mundo se fue.

Cuando al fin nos quedamos solos el amigo Bastaña y yo, mi primera pregunta fue:

—¿Cuanto tiempo hace que eres alcalde de Guigoñán?

—Cincuenta años.

—Con seriedad ¿hace ya cincuenta años?

—Sí, te lo aseguro; cincuenta años. Yo he visto pasar, querido, once gobiernos y no creo morir, si el buen Dios me ayuda, sin enterrar todavía otra media docena.

—Pero ¿cómo has hecho para salvar tu puesto á través de tantos acontecimientos y de tantas revoluciones?

—¡Ah! mi amigo, este es el Pater de los asnos.

El pueblo, el buen pueblo, el bravo pueblo, no pide sino que se le conduzca. Ahora bien: hay algunos que dicen: "Es preciso conducirle dulcemente." En cuanto á mí ¿sabes lo que digo? pues: "es preciso conducirle alegriamente".

Fíjate un segundo en los pastores: los más listos no son los que llevan siempre el garrote levantado, ni menos aún los que se acuestan bajo un sauce y se duermen sobre los repechos, sino los que marchan tranquilamente á la cabeza de sus rebaños, tocando sus flautas. El ganado, que se considera libre y que en efecto lo es, paze, sin perder un

mordisco, todas las puntas de hierba nueva; luego, cuando los vientres están llenos y la tarde comienza á caer, el pastor toca el aire de retirada y el rebaño toma contento la ruta del corral. En cuanto á mí, yo hago lo mismo: toco la flauta y mi rebaño me sigue

—Tú tocas flauta! Eso está bueno para contado.....Pero en tu distrito tiene que haber blancos, rojos, testarudos y rabiosos, como en todas partes. Y luego, cuando llega la hora de elegir un diputado, por ejemplo, ¿cómo te las arreglas.

—¿Que cómo me las arreglo? Pues no metiéndome en nada, mi buen hombre; porque decir á los blancos: votad por la República, sería perder su latín y su trabajo, y decir á los rojos: votad por las Flores de Lis valdría tanto como escupir contra esta muralla.

—Pero ¿y los indecisos, los *escambarla*, los que no tienen opinión, los pobres inocentes, la buena gente que vacila ¡caramba! y que va según el viento?

—¡Ah! ¿esos? cuando por casualidad me preguntan mi opinión en la barbería:

Vean ustedes—les contesto—Basaquín no vale más que Basacán. Si ustedes votan por Basaquín, este verano tendrán pulgas, y si ustedes votan por Basacán, tendrán pulgas este verano. Cuanto á nosotros los guigoñanenses, una buena lluvia nos conviene más que todas las promesas de los candidatos. Lo mejor, en realidad, sería elegir campesinos, como en Suecia y en Dinamarca, porque de otra manera nunca estaréis bien representados. Los abogados, los burgueses de todas clases, en fin, que ustedes mandan al parlamento, no piden sino una cosa: quedarse en París el mayor tiempo posible para ordeñar la vaca y coger lo mejor del pesebre..... ¡Poco les importa á ellos Guigoñán! Pero si, como yo os aconsejo

siempre, vosotros elegierais campesinos, las economías serían mayores, los grandes empleos se suprimirían, se abrirían canales, se abolirían los derechos reunidos, no se harían la guerra y se apresurarían á arreglar los negocios para volver á sus campos antes de la cosecha... ¡Pensar en que, habiendo en Francia más de veinte millones de *píes terrosos* los campesinos no tienen bastante inteligencia para escoger entre ellos mismos unos trescientos que vayan á representar *la tierra!*..... ¿Qué se arriesgaría con ensayar? En todo caso, más mal que los otros no han de hacer.

Y cada uno exclama al oírme: “Este señor Bastaña puede tener razón á pesar de sus bromas.

—Bueno—le dije—pero tú personalmente, tú, Bastaña ¿cómo has hecho para conservar tu popularidad y tu autoridad en Guigoñán cincuenta años seguidos?

Nada más sencillo—me respondió—Mira, ahora tenemos necesidad de tomar el aire, levantémonos de la mesa y cuando hayamos dado, una ó dos veces la vuelta á Guigoñán, tú sabrás tanto como yo del asunto en cuestión.

Levantámonos, pues, de nuestras sillas, encendimos un cigarro y echamos á andar, camino de las fiestas.

Delante de la puerta, en la ruta, había unos cuantos muchachos que jugaban á los bolos. Un tirador levantó su pala y su bola se quedó en el mismo sitio después de haber ganado dos puntos de un solo golpe.

—¡Suerte de Dios!—gritó mi amigo Bastaña. —¡Eso si que se llama tirar! Mis cumplimientos, Juan Claudio; yo he visto bastantes partidas y te aseguro que nunca vi escamotear una bola tan bonitamente. Eres un famoso tirador.

Y seguimos andando. A pocos pasos dos chi-

quillas pasaron delante de nosotros con los brazos enlazados.

—Mire usted eso—dijo Bastaña—mire usted eso y dígame si no parecen un par de reinas. ¡Los cuerpos bonitos, las caritas finas, los pendientes á la última modal! ¡La flor del pueblo!.....

Las chiquillas volvieron la cabeza y nos saludaron sonriéntes.

Al atravesar la plaza, como pasasémos frente á una puerta donde un hombre estaba sentado:

—Y bien, maestro Quitrán—le dijo Bastaña—¿vamos á luchar como hombres ó como semi-hombres este año?

—¡Ah! mi pobre señor—respondió el viejo atleta—nosotros ya no luchamos como nada.

—¿Se acuerda usted del año en que se presentaron sobre el campo Meissonnier, Marseille y Rabasson, los tres luchadores más grandes de Provenza? Usted los derrotó á todos, sin embargo...

¡Cómo no había de acordarme!—dijo el luchador enardecándose.—Eso fue justamente el año de la toma de la ciudadela de Amberes; había un premio de cien escudos, con un carnero para los semi-hombres... El prefecto de Aviñón me dio la mano ¡Y luego las gentes de Bedarride que pensaron en batirse con las de Curtezón ..porque unos estaban de mi parte y otros en contra!... ¡Ah! ¡Qué tiempo! Hoy más vale no hablar de luchadores; porque ya no hay ni un hombre, señor, ni uno... y además se entienden entre sí...

Cuando hubimos andado unos cincuenta pasos, el señor cura salía de su presbiterio

—Buenas noches, señores.

—Muy buenas, señor cura... y ya que tengo el gusto de encontrarlo es necesario que hablemos un momento de cierto asuntillo. Esta mañana, en la misa, me parece haber notado que nuestra iglesia va siendo muy estrecha, sobre todo paar

los días de fiesta... ¿No cree usted que sería muy bueno pensar en ensancharla?

—En ese punto, señor alcalde, yo comparto en absoluto vuestra opinión, porque en realidad los días de ceremonia no hay lugar para hacer un movimiento.

—Voy á ocuparme en eso, señor cura, voy á ocuparme en eso. En el primer consejo municipal propondré la cuestión, la pondremos á estudio y si la prefectura quiere prestarnos su ayuda...

Magnífico, señor Alcalde, magnífico; por mi parte no puedo menos que darle un millón de gracias.

Un momento después, nos topamos con un muchacho que iba á entrar al café con su chaqueta sobre el hombro.

—En todo caso—le dijo Bastaña—me parece que tú no estás enmohecido. Ya me han dicho algo de la buena sacudida que supiste dar al pisaverde que cortejaba á Madelón queriendo sustituirte.

—¿Y acaso no estuvo bien hecho, señor Alcalde?

—¡Bravo, Jousselet, bravo! Es preciso no dejarse comer la sopa..... Sólo que, para otra vez, te aconsejo pegar menos duro.

—Vamos—dije á mi amigo—ahora ya comienzo á comprender.

Sí? Pues aguarda un poco aún—me respondió él.

Como saliésemos de las fortificaciones, lo primero que encontramos fue un rebaño que ocupaba todo el ancho de la ruta. Bastaña gritó al pastor:

—Al solo oír el ruido de tus cascabeles ya comencé á decirme: ese debe de ser Jorge; y ya ves cómo no me equivoqué. Tu rebaño parece un espejo. ¡Qué animales tan hermosos! Nadie sabe

lo que tú es das de comer.....Y lo que es el precio, estoy seguro de que no los darías, el uno con el otro, por menos de diez escudos.

—Seguramente que no—replicó Jorge — Los compré en la feria fría este año mismo... Casi todos han de reparir.

—No sólo eso, amigo, sino que un ganado de tal especie ha de producir camadas iguales...

—¡Dios lo oiga, señor alcalde!

Apenas habíamos acabado de hablar con el pastor, cuando vimos acercarse á un carretero llamado Sabatu:

—¡Hola, chico!— le dijo Bastaña —tal vez no vas á creermelo, pero es lo cierto que todavía estabas tú con tu carreta á media legua de distancia cuando yo había ya adivinado tus latigazos.

—¿Verdaderamente, señor?

—No hay más que tú, muchacho, para hacer tronar la mecha de esa manera.

Y Sabatu hizo vibrar el aire con su fusta, hiriendo rudamente nuestros oídos, para probarnos que era verdad.

A fuerza de andar encontramos una vieja que recogía hierbas en los bordes de las fosas.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Berangera? Pues has de saber que al mirarte por la espalda, con tu *fichu* rojo, te había tomado por Teresona, la nuerá del maestro Franc. ¡Vaya, es admirable que te le parezcas tanto!

—¿Yo? ¡Este señor Bastaña siempre es el mismo! Figúrese usted que yo ya tengo setenta años.....

—Qué demonio! Si tú te miraras por detrás, ya verías cómo aun estás guapa.....

¡Siempre bromista, siempre bromista, el señor Alcalde!—decía la buena vieja echándose á reír. Y luego, dirigiéndose á mí:

—Ya ve usted, señor, y no es por que él esté

delante, pero en realidad, nuestro señor alcalde es una pura crema de hombre. ¡Tan familiar que habla, ya lo ve usted, hasta con los últimos del pueblo, hasta con los niños de tres meses! Por eso es por lo que, habiendo tomado la Alcaldía hace cincuenta años, la conservará toda su vida.

—Y bien, colega—me dijo Bastaña—tú ves que no fui yo quien la hizo hablar.....A todos nos gustan las buenas tajadas, á todos nos agradan los cumplimientos y todos gozamos al mirarnos tratados con buenas maneras.....Y así sea con el rey, sea con el pueblo, el que quiera mandar mucho que guste mucho también.

Hé ahí todo el secreto del Alcalde de Guigoñán.....

FIN DEL TOMO IV.



BIBLIOTECA ECONOMICA

40 volúmenes publicados, que contienen :

TOMO I.

- 1º. "El primer beso," por J. Antonio Delgado; "Tapaligui," por Ricardo Fernández Guardia; "Palimpsestos," por Rubén Darío; "Amor ideal," por E. Gómez Carrillo; "Ondina," por Ramón Rosa.
- 2º. "Florilegio," (colección de pensamientos de autores ilustres.)
- 3º. "En las aguas de Abano," novela por Emilio Souvestre; "El Chapín," "El Guanaco," (cuadros de costumbres) y "El Almanaque," por José Milla.
- 4º. "La Garza," "Las tardes de abril," "A mi gallo," (poesías,) por Juan Diéguez; "Fragmentos descriptivos" de los poemas de Batres Montúfar; "San Juan," "La Rosa," "Yo pienso en tí," por el mismo.
- 5º. "Victor Hugo," por Emilio Zola; "VVaterloo," por Víctor Hugo.
- 6º. "VVaterloo," (conclusión,) por Víctor Hugo; "La tela invisible," por Hans Christian Anderson, y "En familia.....yankee," por Heinrich Urban.
- 7º. "Poesías," de Calixto Velado.
- 8º. "Edgar Poe," por Carlos Audelaire; "Ligeia," por Edgar Poe.
- 9º. "Cuatro palabras con una momia," "El Gato Negro," "La barrica de Amontillado," "El cuervo," por Edgar Poe.
- 10º. "José Cecilio del Valle" por Rómulo E. Durón; "Acta de independencia," "El sabio," "Los maestros," "El campo," "Elogio fúnebre del p. Goicoechea," por José Cecilio del Valle; "Valle, juzgado por Barrundia".

TOMO II.

- 11º. "Cuentos populares," por don Antonio de Trueba.
- 12º. "Poesías," de Vicente Acosta.
- 13º. "Dos idilios," por Ludovico Halévy.
- 14º. "Dos idilios," (conclusión,) por Halévy; "La moral del matrimonio," por VV. S. Lilly; "Quién tiene la culpa?" por Amelia E. Barr y Rosa Terry Cooke.
- 15º. "El Crimen de Julieta", por Charles Corbin.
- 16º. "El Crimen de Julieta" (Conclusión), por Charles Corbin; "Elogio fúebre de Fr. Matías Córdoba", por José Milla; "La tentava del león y el éxito de su empresa", por Fr. Matías Córdoba.

- 17º. y 18º. "Efemérides Centro-americanas", por Alejandro Marure.
- 19º. "Tadiciones", por Ricardo Palma.
- 20º. "Poesías" de Salvador Díaz Mirón.

TOMO III.

- 21º. "Tres héroes", por Juan Montalvo.
- 22º. "Lohengrin", por Ricardo VVagner.
- 23º. "Páginas alegres", por Luis Taboada.
- 24º. y 25º. "Cyrano de Bergerac", por Edmundo Rostand.
- 26º. 27º. y 28º. "VVerther", por Goethe.

29°. "San José", por Alejandro Dumas; "La novia ó el tigre", por F. R. Stockton; "Odio de mujer", por Luis Ulbach.

30°. "Artículos y Biografías", por Pedro Ortiz.

TOMO IV.

31°. y 32°. "Poesías" de Rubén Darío.

33°. "Estudios críticos", por Juan Bertis.

34°. "Manfredo" por Lord Byron.

35°. "Manfredo (conclusión) y Peregrinación de Childe Harold (fragmento)," por Lord Byron.

36°. "Semblanza de Lamartine", por José Ma. de Heredia; "Biografía de Homero," por Lamartine.

37°, 38° y 39. "Filigranas" por Edmundo de Amicis.

40°. "Una dote," por Ernesto Legouvé; "El hombre popular," por Federico Mistral.

Siempre lectura SANA y selecta.

— Industria Nacional —

PREPARACIONES GENUINAS

DE LA FARMACIA M. PALOMO Y Ca, SAN SALVADOR

ELIXIR DE PAPAYO

remedio infalible para las dispepsias; hace secretar al estómago más perezoso los jugos propios para la digestión.

Jarabe de Yoduro de Hierro Inalterable, bien dosificado, á UN PESO el frasco.

VINO de las tres Quinas

tónico febrífugo por excelencia,
á \$ 1 el frasco

TINTA AZUL NEGRA para escribir, á \$ 0.75 el frasco; para copiar, á \$ 1 el frasco.

Da tres copias de una vez

Tricomelanina, hermoso TINTE para transformar las canas y el pelo rubio, en negro azabache.

Tinta indeleble PARA MARCAR ROPA Á \$1 el frasco.

37

Teodosio Carranza

41 ABOGADO CARTULARIO. 3a. CALLE PONIENTE, No. 42